

Manuel Arranz
HOY HA VUELTO
BAUDELAIRE

PERIFÉRICA



Manuel Arranz
HOY HA VUELTO
BAUDELAIRE

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: julio de 2022
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Manuel Arranz, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-43-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-125-2022
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A Pazz

Todo vuelve como si hubiera ocurrido
ayer. Y entonces se va y parece lejano y
extraño como si hubiera ocurrido en un
sueño.

THOMAS WOLFE

La guérison est un oubli.

FLORENCE DELAY

Han pasado tres años. Tres años, dice Pierre Bergonieux en su novela *Tres años*, son suficientes para cambiarlo todo. ¿Cuántas veces cambia nuestra vida a lo largo de nuestra vida? Han pasado tres años. No es verdad que en tres años cambie nuestra vida. Nuestra vida no cambia nunca. O cambia en un segundo.

«Todo vuelve como si hubiera ocurrido ayer. Y entonces se va y parece lejano y extraño como si hubiera ocurrido en un sueño...»

En aquel tiempo llegaba tarde a casa, cansado de un trabajo que no era cansado. Por el camino iba pensando en el whisky y en el baño que se daría antes de cenar. Llega una edad en que esas cosas consuelan. El whisky, con mucho hielo y siempre, por supuesto, de más de doce años. Y el baño, muy caliente. Lo del whisky era un consejo de Robert

Redford. James Salter habla de él en su libro autobiográfico *Quemar los días*. Al parecer era, es, si vive todavía, me refiero a Robert Redford, Salter murió, un gran tipo. No te fíes de los célibes ni de los hombres que no beben, acostumbraba a decir un escritor portugués aficionado al alcohol y a las mujeres. Parece que ahora ya no lo dice tanto. Parece que ahora bebe menos. Pero sigue fumando. Aunque seguramente entonces lo decía porque no soportaba a Pessoa, célibe y abstemio, entre otras muchas cosas, pero infinitamente mejor escritor que él, cosa que contribuía a que no lo soportara. Sin embargo, recuerdo haber leído en alguna parte que también era aficionado al vino y a las putas, pero no alardeaba de ello. O a lo mejor el aficionado era un heterónimo. Dos aficiones muy literarias, por cierto. Hoy seguramente habría que añadir los blogs y, los que se lo pueden permitir, el barco. Pero yo no soy escritor. No todo el que escribe es escritor. Incluso se puede ser escritor y no escribir. Creo que estoy empezando a divagar. No era de esto de lo que quería hablarles. No debería beber mientras escribo, o quizá no debería escribir cuando bebo. Lo del whisky yo ya se lo había oído decir en una película de agentes secretos. Hablo otra vez de Robert Redford: no lo olvides, aconsejaba a un agente novato en la barra de un bar americano mientras tomaban sendos

whiskies. El whisky siempre hay que pedirlo de más de doce años, y siempre, no importa que no fumes, debes llevar un encendedor en el bolsillo. Es lo único que recuerdo de la película. Al parecer, los agentes secretos, como los escritores, tienen que cuidar todos los detalles.

Tengo que poner orden en mis recuerdos.

Tengo que poner orden en mi vida.

Esto no es un diario.

Ordenar el caos. Un caos ordenado es lo más parecido al orden. Quizá escribir ayude. Escriba, escriba algo todos los días, da igual lo que escriba, escriba lo que se le ocurra y no olvide escribir también los sueños: en los sueños casi siempre está la clave de muchas cosas, le había dicho el psiquiatra.

También por aquel tiempo, volviendo de un viaje al sur, me desvié para pasar por el pueblo en que había nacido. No diré su nombre: no tiene importancia, un pueblo perdido de la Mancha. Busqué la calle y la casa en las que había nacido y llamé a la puerta, una aldaba de hierro con forma de argolla; no había timbre, no sabía qué iba a decirle

a quien abriera aquella puerta, una mujer, suponía no sé por qué; me habría gustado ver la casa por dentro, pase por favor, el patio empedrado del que me había hablado mi madre y cuya fotografía, con un niño en un moisés, me había enseñado, aunque seguramente ya nada sería igual, ya no estaría empedrado, posiblemente ya no habría ni patio: sólo había sobrevivido el niño del moisés, que ahora tenía cincuenta años y se encontraba tras aquella puerta acechando algún ruido. No abrió nadie. No insistí. Creo que me sentí aliviado. Me fui caminando despacio por la calle hasta la plaza del ayuntamiento, donde mi padre, cincuenta años atrás, había trabajado como interventor. Intenté pensar en él, un hombre mucho más joven que yo, con su gabardina y seguramente un cigarrillo en los labios, pensando en el inminente traslado a la otra punta de España. En la plaza me quedé un rato parado... Qué extraño es vivir..., pensé. Y ahora vuelve a llover. Diez años más y habré vivido tanto como él.

«Todo vuelve como si hubiera ocurrido ayer. Y entonces se va y parece lejano y extraño como si hubiera ocurrido en un sueño...»

Y ahora tengo siete años. El tren está parado en la estación. En el compartimento estamos solos mi

padre y yo, sentados uno enfrente del otro. ¿Dónde está mi madre? No logro recordarlo. Y sin embargo no creo que viajáramos solos. Mi padre y yo nunca viajamos solos. Hasta más tarde, hasta mucho más tarde. Y pocas veces. Mi padre lee el periódico. Cuando pienso en él siempre lo recuerdo leyendo el periódico. Incluso cuando iba por la calle, andando solo, iba leyendo el periódico. Lo esperábamos para comer. Cuando se acercaba la hora en que solía llegar, nos asomábamos a la ventana. Y, en cuanto lo divisábamos, caminando sin prisas, siempre con el periódico abierto, deteniéndose de cuando en cuando, corríamos a avisar a mi madre. ¡Ya viene papá! Sólo entonces mi madre, ayudada por mi hermana mayor, ponía la mesa. Comíamos en la cocina. Mi madre siempre servía primero a mi padre. Y no nos levantábamos de la mesa hasta que él no lo hacía. Hablábamos poco. Pero eso fue más tarde, mucho más tarde. Volvamos a la estación y a mis siete años. El tren sigue parado. Me subo al asiento y me asomo por la ventanilla. Mi padre levanta la vista del periódico y me mira, pero no dice nada. Es peligroso asomarse, reza un letrero. Es peligroso asomarse. La ventanilla está bajada; escupo a hurtadillas sobre los raíles y pienso: cuando sea mayor me acordaré de este momento, y hoy me acuerdo.

Y ahora tengo dieciocho años. Estoy con una chica en la cama. La cama, una cama pequeña, baja y estrecha, está apoyada contra la ventana. Está anocheciendo, pero no hemos encendido la luz. Yo estoy encima de ella. Las cabezas pegadas. Los cuerpos acoplados. Acabamos de hacer el amor. Tampoco diré su nombre. Era un nombre bonito. Era una chica bonita. Morena. Con el pelo largo. No lo he olvidado. No la he olvidado. No la olvidaré. Levanto la cabeza y miro a la calle. Ella abre los ojos. ¿Qué miras?, oigo que me dice. Anochece. Se han encendido las farolas. Coches circulando. No muchos. Y pienso: algún día me acordaré de este momento, y hoy me acuerdo.

Y hoy me pregunto: ¿se acordará ella?

Y, si se acuerda, ¿lo recordará como yo lo recuerdo?

Me gustaría contar algo más de ella. Era morena, tenía el pelo largo y estaba siempre alegre. Hacíamos el amor todos los días. No la he olvidado.

Y ahora estoy caminando por la calle, tengo treinta años, treinta y cinco años, cuarenta años, voy a comprar el pan, voy a comprar el periódico, voy al cajero automático, voy a sacar el coche del garaje, me miro las piernas y veo cómo se mueven,

primero la derecha, luego la izquierda, luego otra vez la derecha y otra vez la izquierda, sin prisa, camino, me digo, estoy caminando, estoy yendo a comprar el pan, eso es lo que estoy haciendo ahora, y escucho, y veo, mis pasos, uno tras otro, los oigo, en el asfalto, en la calzada, en la calle, uno tras otro, ni lentos ni rápidos, los oigo, los recuerdo, los seguiré oyendo, los seguiré recordando un día, cuando ya no los oiga, cuando ya no los recuerde.

Y no me gusta mi vida.

Y ahora tengo cincuenta años. Y me vuelve a gustar.

Y ahora tengo sesenta años y estoy escuchando los *intermezzi* de Brahms interpretados por Glenn Gould.

Y cierro los ojos.

Y ahora tengo sesenta y ocho años y estoy recordando mis recuerdos, olvidando mis olvidos.

Y cierro los ojos.

Se me acaba el tiempo.

Si fueras alcohólica, le dije un día, me haría alcohólico por ti. Yo te abandonaría, me contestó ella poniéndose seria de repente. No mentía. Y no hizo falta que me hiciera alcohólico para que me abandonase.

No, no es la misma mujer, no es la chica morena del pelo largo siempre sonriente. Ella no me habría abandonado. Al menos, no por el alcohol.

No, no soy un alcohólico.

Frases como puñetazos, como bofetadas, como arañazos. Frases injustas, frases hirientes, insultos, amenazas, mentiras, miedo, soledad. Frases que nunca cicatrizan, que supuran, que sangran. Frases que duelen. Frases que no se olvidan. Las palabras no se las lleva el viento: el viento lo único que hace es traérnoslas de vuelta cuando menos lo esperamos. Frases que matan.

Patrick Modiano habla en *La hierba de las noches*, qué hermoso título, de brechas que se abren en el tiempo por las que de vez en cuando nos colamos. Sobre todo, dice, los domingos a media tarde son particularmente proclives a esas brechas en el tiempo. Una noche soñé con «La canción del emperador»; hacía tiempo que no la escuchaba, y

alguien, en el sueño, la ponía. Entonces, mientras sonaba «La canción del emperador», se abrió una brecha en el tiempo.